

BORRACHERAS NO.
PASADO, PRESENTE Y FUTURO DEL RECHAZO A LA
ALCOHOLIZACIÓN

Félix Rodrigo Mora

Charla desarrollada en el marco de las 2ª Jornadas Straight Edge, celebradas en Valladolid, los días 2, 3 y 4 de abril de 2010

PRESENTACIÓN

Desde hace muchos años he venido observando, con una mezcla de impotencia y desesperación, el ascenso en flecha del alcoholismo. Incluso he publicado algunos artículos desaprobando este hecho, los cuales fueron acogidos, dejando a un lado muy escasas excepciones, con total indiferencia, cuando no con latente irritación y hostilidad, por quienes más se supone que deberían hacer por resistir y reprobar el vicio de la bebida, aquellos que, verbalmente al menos, se declaran a favor de un transformación radical del orden social.

Ello me hizo comprender que el progresismo y el izquierdismo no están en contra del alcoholismo porque no están a favor de la revolución, de la recuperación de la esencia concreta humana ni de la construcción de un estilo de vida moral y civilizado. Es más, su sórdida política de mantener el actual orden pero perfeccionándolo más y más les lleva a promover de facto el consumo de drogas y a fomentar de muchas maneras, directas e indirectas, el abuso de la bebida.

Dichas corrientes políticas son, por decirlo claramente, junto con el franquismo, la causa principal inmediata de la alcoholización, y drogadicción de las masas. Entre las tres nos han convertido en un país de beodos, en los años 1965-85, y todo lo que ha venido después es mera evolución a peor de lo entonces estatuido.

El texto que sigue evita las simplificaciones y trata el problema en toda su colosal complejidad, sin dejarse llevar a concepciones bobamente optimistas, tan del gusto de cierto “radicalismo” que cree que cualquier mal tiene remedio, dado que, según él, nos espera un final feliz y radiante, allá en la culminación de la historia. Pero quizá la desintegración en desarrollo de la sociedad actual por causa del alcohol y las drogas, las “ilegales” tanto como las legales (en primer lugar los psicofármacos con los que la sanidad “pública” atiborra a su desventurado público, en particular a las mujeres), no tenga ya solución, de manera que éste es un asunto en el que el único enfoque realista es la lucha sin final, el esfuerzo permanente, la dedicación ilimitada.

La verdad es siempre muy enmarañada, además de dura y terrible, y ha de referirse a diversos factores, con exclusión del monismo y el simplismo. Por tanto, junto a las causas políticas y sociales de las toxicomanías están las existenciales y las que

afectan a la construcción por sí mismo del sujeto en tanto que ser humano. Para tratarlas como conjunto interrelacionado una revolución política es tan necesaria e imprescindible como insuficiente y limitada, de modo que estamos obligados a pensar con un grado de complejidad muy elevada, negándonos a nosotros mismos el consuelo del optimismo, que no es más, en general, que un narcótico espiritual.

Finalmente, deseo agradecer a las amigas y amigos del movimiento Straight Edge el cariño y comprensión con que han acogido mis muy modestas aportaciones, así como que me hayan proporcionado una oportunidad de exponer ideas, emociones e incluso pequeñas vivencias que desde hace mucho tiempo deseaba compartir.

Félix Rodrigo Mora

“El aplicarse demasiado a las cosas corporales, es señal de un alma baja, como el ser continuo en los ejercicios de comer y beber mucho... y gastar más tiempo del que es menester en las demás funciones del cuerpo. Todo esto se ha de hacer deprisa y como de paso. Al espíritu se han de dar todos nuestros cuidados.”

Epicteto

El actual orden político-jurídico no libre, mediático adoctrinador, educativo aleccionante, de disvalores obligatorios, hedonista y felicista, asentado en el pánico inducido al esfuerzo, el sufrimiento y el dolor, de insociabilidad impuesta y económico depredador está llevando la lacra del alcoholismo a niveles pocas veces alcanzados en la historia, pues sólo queda la duda de si la Roma de la decadencia conoció una embriaguez multitudinaria superior a la actual. El fenómeno del alcoholismo de masas, promovido desde las instituciones y desde el progresismo e izquierdismo, manifiesta la falta de libertad existente (de conciencia, política y civil) pues el alcohol es al mismo tiempo causa y consecuencia de la opresión y manipulación mental a que el actual régimen de dictadura política, constitucional, parlamentaria y partidocrática somete a las desventuradas gentes de la modernidad madura.

De ese modo, la virulenta y creciente batahola de libaciones que ahora padecemos es, asimismo, un ataque a la libertad, un modo atroz de destruir la esencia concreta humana y una vía para la sustitución de la vida buena y civilizada por otra de barbarie y desintegración.

Una de las artimañas verbales utilizadas por los apóstoles de la alcoholización general es que siempre ha habido abuso de la bebida, lo que viene a significar que nuestro tiempo no es peor que otros. Esto es rigurosamente falso, como luego se dirá, pues hasta el franquismo, en los territorios del hoy reino de España, la embriaguez era un fenómeno minoritario, sin apenas significación social ni política ni moral. Fue el régimen fascista de Franco el que promovió un culto ferviente por la taberna primero, y luego por el bar, la discoteca, las copas y las otras formas de ocio embrutecedor ligadas a la ebriedad, así como a la vida disoluta, parasitaria, vacía, irresponsable, adocenada y servil.

Peor aún fue la ejecutoria del régimen de dictadura constitucional y parlamentario (al que los publicistas del sistema denominan “democracia”) implantado en 1977-78, que se empeñó en convertirnos a todos en dipsómanos, pudiéndose decir que los años 1965-85 fueron el lapso de tiempo en que se constituyó el actual alcoholismo de masas, que antes no había existido entre nosotros. Dicho de otro modo, la tarea que comenzó el franquismo la culminó el parlamentarismo, con gran éxito, para nuestra desgracia. Un personaje que desempeñó una función de primer orden en ello, así como en la promoción de las drogas “ilegales”, fue Enrique Tierno Galván, en ese

decenio alcalde de Madrid por el PSOE durante unos años, un intelectual izquierdista de pedigrí, exaltado hasta el delirio por los medios de comunicación estatales y capitalistas.

En Euskal Herria, algunas consignas atrabiliarias de la izquierda abertzale, sobre todo las que pedían “martxa eta borroka” y una forma de vida “alegre y combativa”, en el contexto de los años 80 del siglo pasado, contribuyeron a llevar el vicio de beber a niveles intolerables, con graves repercusiones de todo tipo, también políticas, muy favorables al reforzamiento del Estado español en ese territorio, como han ido mostrando los acontecimientos desde entonces acaecidos, que han conocido una mengua espectacular de la presencia e influencia de dicha izquierda.

A escala internacional la contracultura, que se reclamó de los años 60 y del mayo francés del 68, convirtió las drogas, además de la cerveza tomada a descomunal escala, en nuevas deidades, que iban a liberar a la humanidad de un número infinito de lacras y servidumbres. De todo ello emergió el LSD (recordemos que una de las patochadas de aquellos años era comparar al LSD con el caviar, lo que manifiesta la mentalidad adocenadamente burguesa de los promotores de esa droga “antisistema”), que pronto dejó paso a la heroína, y la marihuana, que ha servido y sirve de nexo de aproximación a las llamadas drogas duras, además de vehículo de entontecimiento universal, convertida en el símbolo de un “inconformismo” que es el más pueril de los conformismos, y una “rebeldía” que ha terminado por ser una nueva forma de conservadurismo.

No se ha de olvidar que del apolillado lema “sexo, drogas y rock-and-roll”, tras más de medio siglo de ser repetido e impuesto por el modernismo institucional sólo quedan las drogas, pues el rock se ha hundido en los despeñaderos del olvido, por causa de su simplismo estilístico, insustancialidad en los contenidos y espíritu neo-reaccionario, y el sexo está en adelantado estado de liquidación, pues ahora vivimos una época aciaga, de desexualización general, en la que casi todo, en este ámbito, se reduce al sexo mercantilizado y a la masturbación, ambos promovidos desde el poder estatal. Con las drogas ha pervivido, cómo no, el alcohol: tal es la herencia maldita de una edad perversa, en la que el orden constituido se robusteció cualitativamente haciéndose “diferente” a como había sido hasta entonces.

Unas y otro destruyeron al movimiento hippie y, tras él, han ido liquidando, o cuando menos dañando gravemente, todos los movimientos populares autónomos que se han ido constituyendo. Han realizado, por tanto, el sueño del Estado: que no exista más vida colectiva que la que se da en él, de tal modo que las clases populares lleven una existencia atomizada e inorgánica, lo que reduce a casi nada su peligrosidad. Además, las drogas han matado, y siguen matando, millones de personas en todo el mundo, lo mismo que el alcohol. De esa matanza, que no cesa, son responsables quienes han promovido y promueven uno y otro, en particular la contracultura (hoy casi extinguida), la izquierda institucional y sus satélites del “anticapitalismo” estatolátrico, el anticlericalismo burgués y una parte sustantiva de la intelectualidad progresista, sin olvidar al franquismo, que fue pionero.

El estudio de la intemperancia y destemplanza en el pasado y presente, el conocimiento del cómo y porqué se ha constituido una hórrida sociedad de borrachos y borrachas en ascenso, permitirá establecer unos criterios, unos argumentos y una estrategia para hacer frente al problema, con la advertencia de que nuestra meta aquí y ahora (también en esto) no puede ser, a pesar de que lo deseamos ardientemente, la erradicación completa del mal, dado que es promovido de mil modos desde las instituciones en unas condiciones tremendas de ausencia de libertad de conciencia y libertad de expresión. Pon tanto, el fin tiene que ser la lucha de larga duración contra él. En efecto, este problema no tiene y no puede tener solución bajo el vigente régimen de

dictadura política, de manera que es necesaria una revolución liberatoria (como causa necesaria aunque no suficiente), que estatuya una sociedad lo bastante libre (las emancipadas de manera total y absoluta no pueden existir, dado que no lo permite lo mezquino y falible de la condición humana), para que pueda ser satisfactoriamente reducido.

Una última advertencia es que el alcoholismo, en contra de lo que ciertos medios ingenuos, o tal vez demasiado maquiavélicos, sostienen, no es principalmente un problema médico o de salud, sino un asunto político, de calidad del individuo, convivencial y civilizatorio. Los males que de él se derivan son, ante todo, espirituales e inmateriales, mucho más que físicos o somáticos. Son los valores que nos hacen humanos los que son triturados por el alcohol: el ser dueño de los propios actos, la verdad, la libertad, la convivencia, la virtud personal, el autodomínio, la rectitud moral, la generosidad, la trascendencia, la voluntad de esfuerzo y riesgo, el uso del libre albedrío y el olvido de sí. A quienes se empeñan en convertirnos en entes meramente biológicos tenemos que recordarles que además, y sobre todo, somos seres dependientes de necesidades espirituales, cuya satisfacción es urgente y perentoria, hasta el punto de que el alcoholismo suele provenir de la represión de tales exigencias naturales de carácter inmaterial, en tanto que específicamente humanas.

PASADO

En lo referido al pasado inmediato, el incremento del consumo de bebidas alcohólicas fermentadas (vino, cerveza y sidra) se detecta desde finales del siglo XV, a través de la brusca ampliación de la superficie dedicada al viñedo, sobre todo. Es bajo el reinado de los Reyes Católicos cuanto eso sucede de un modo perceptible, lo que es una novedad que va unida a otra bien significativa, el rápido desarrollo del aparato estatal. En efecto, la corona sobre todo, pero también los señores y el alto clero se sirven del consumo desmedido de vino para embrutecer, entontecer y privar de libertad en mayor grado a ciertos sectores de la población, particularmente en las villas y ciudades.

En el siglo XVI los destilados, los licores, comienzan a tener cierta importancia, siendo en ellos donde el alcohol se manifiesta con nitidez como droga, pues en los fermentados posee un carácter de alimento, o de complemento al alimento sólido. Pero es en la centuria siguiente cuando el acto de beber licores se expande bruscamente, debido a su uso en las flotas de guerra, recién constituidas, y en los ejércitos. Con todo, será en el XVIII, con la creación de los ejércitos permanentes y las poderosas Armadas, cuando se padecerá un incremento brusco de la ingesta de alcohol. No podemos olvidar que el ron era la bebida que la flota de guerra inglesa proporcionaba a sus marineros, para hacerles soportar las penalidades de las interminables travesías y adormecer su ánimo en los continuos combates. Al mismo tiempo, las potencias coloniales se servían del aguardiente para degradar y someter a los pueblos indígenas, siendo conocido su uso, implacable y planificado, por la corona española en sus posesiones de Norteamérica, contra los pueblos indios.

Para esa fecha, en la península Ibérica las clases populares llevaban una vida morigerada, ajena a la embriaguez. Se tomaba vino o sidra (cerveza también, pero mucho menos) como un ingrediente más de la dieta (no olvidar el adagio de que “con pan y vino se anda el camino”), buenos para aportar energía en trabajos duros (segar, por ejemplo, o ir a pie durante todo el día), pero casi siempre ingerido con moderación y como acompañamiento de alimentos sólidos. Tenía, así mismo, un uso lúdico y relacional, pero en el contexto ya citado de mesura y auto-contención conscientes, y como elemento no esencial, esto es, siempre acompañando a la comida y en el marco de la fiesta popular, alegre y satisfactorio acontecimiento convivencial, integrador y participativo, que no exigía excesos libatorios, al contrario que las actuales formas de ocio embrutecedor, dirigido, excluyente, aleccionador y mercantilizado.

Los calumniadores por oficio de la sociedad popular rural tradicional presentan las reuniones del concejo abierto como agrupaciones de alcohólicos, debido a la costumbre inmemorial de sesionar en la asamblea aldeana tras tomar en común unos sorbos de vino en una o dos copas, generalmente de plata¹. En realidad, era un acto simbólico que solemnizaba la asamblea concejil con la ingestión en común de una bebida alcohólica, sí, pero que sobre todo se consideraba un alimento. Por lo demás, la cantidad era exigua, “hasta dos tragos por barba... e non más”². Todos los testimonios conservados (renuncio a hacer una relación de citas de los autores y obras que los contienen) presentan la sociedad rural tradicional popular, antes de entrar en descomposición grave, como sobria y temperante hasta el punto de permitir sostener que en ella apenas existían borrachos.

En efecto, no los había, salvo de forma mínima, por una razón muy simple, porque en ella el Estado todavía era bastante débil.

En 1914 el economista A. Flores de Lemus expuso que “los españoles forman una raza extraordinariamente moderada en sus hábitos de beber. Una de las cosas que

más sorprende a los extranjeros que visitan España es la ausencia de borrachos”³. Cien años después lo que pasma a los viajeros es lo contrario, una “España” convertida en una gran concentración de beodos y achispados. Entender este cambio es fundamental para establecer una estrategia acertada contra el alcoholismo multitudinario.

En aquella fecha sólo se detectaban ciertas expresiones, débiles aún, del vicio de la bebida en el ejército y la marina de guerra, en las concentraciones de proletarios sobre-oprimidos de la minería e industria pesada norteñas, y entre los jornaleros del suroeste, que eran “obsequiados” por los patronos con unas copitas de aguardiente (cazalla) al comienzo de la actividad laboral, para que rindiesen más y fueran dóciles. El resto de la población se oponía rotundamente al uso inmoderado de las bebidas alcohólicas, contemplaba con prevención los destilados y licores, que se consumían muy poco, y se aferraba al hábito de tomar vino o sidra siempre con alimentos (lo que reduce en mucho los efectos del alcohol) y en cantidades prudentes.

Los pocos borrachos y borrachas habituales que había resultaban ser, en los más de los casos, meros enfermos mentales. La moralidad popular era, al respecto, bastante estricta, hasta el punto de que embriagarse una sola vez llevaba a perder el respeto, afecto e incluso la amistad y trato de los iguales, norma no escrita que mantenía a raya a quienes, como se decía entonces, “no saben beber”, esto es, se emborrachaban. La sabiduría popular remataba el aserto con una juiciosa conclusión, que era al mismo tiempo una exigencia, “quien no sepa beber, que no beba”. A la vez, se ponía el acento en lo saludable del consumo moderado de vino como alimento, por ejemplo, en el dicho que recomienda dar a las personas ancianas, “sopitas y buen vino”.

El movimiento obrero repudió, en todas sus corrientes, el espantoso mal de la bebida, considerando que era una artimaña de la burguesía para sobre-explotar y sobre-oprimir al proletariado. Se tenía por indudable que el obrero consciente no podía tener el hábito de embriagarse y, o era abstemio (sobre todo en las filas del anarcosindicalismo), o tomaba fermentados a la manera tradicional, en las comidas y en pequeñas cantidades. Sólo ciertos ambientes ácratas seguidores de Nietzsche se dejaron persuadir por sus mefíticas teorías sobre lo orgiástico y dionisiaco, por lo que se dieron a la bebida, aunque eran muy pocos y por lo general, sujetos ajenos a las clases productoras, intelectuales radicalizados.

Con el triunfo del franquismo todo ello cambió. En la contienda de 1936-39, se sirvió de los licores baratos (a los que se denominaba “asaltaparapetos”) repartidos profusamente por la intendencia militar un poco antes de las operaciones ofensivas más sangrientas, para estimular a sus tropas, de donde se formó una generación de alcohólicos, que se manifestó sobre todo en la oficialidad y se vino a sumar a la fauna de estragados personajes que poblaban el cuerpo de oficiales (véase lo que A. Barea narra en “La forja de un rebelde”) desde al menos la guerra de Marruecos, en la que el alcoholismo, el burdel y los juegos de azar ocupaban la mayor parte del tiempo de ocio de tales sujetos, aunque se debe reconocer que siempre hubo una minoría alejada de todo eso, Franco entre ellos, para la cual sólo cuenta el poder, de cuyo ejercicio extraen todas sus satisfacciones y goces.

Tras su victoria, con las clases populares privadas de la libertad de asociación y sin lugares donde socializarse, se las empujó primero hacia la taberna y luego, a partir de principios de los años 60, hacia el bar y la discoteca. Ése, bajo el franquismo tardío, se hizo un lugar mítico, donde había que acudir a diario a consumir alcohol, si bien persistía todavía una fuerte resistencia popular a tales novedades inducidas. Aquel régimen se sirvió del alcohol para frenar las luchas populares, lo mismo que hizo con el fútbol, la radio, la televisión, el cine de Hollywood, la Iglesia católica, la naciente progresía (que presentó el bar, al unísono con el franquismo, como un espacio rebosante

de pretendidas delicias, emancipaciones y modernidades) y otras instituciones, entidades y procedimientos para el control mental de las multitudes.

El franquismo desintegró, así mismo, las formas populares de asueto y solaz, lo que era necesario para mercantilizar lo festivo, desarrollar la industria del ocio (hoy una de las más rentables pero que hace sólo unas décadas apenas contaba), alcoholizar y drogar a las multitudes y privarlas también en esto de autonomía y mismidad. Como argumento en el capítulo III de mi libro “Naturaleza, ruralidad y civilización”, titulado “Reflexiones sobre la fiesta popular de la sociedad rural tradicional”, fue bajo la dictadura fascista cuando se dio el tránsito desde la fiesta popular por participación a las formas mercantilizadas y adoctrinadoras de ocio, en las que el individuo es meramente un sujeto pasivo, un espectador aislado. Esta característica hace que sean aburridas (por ejemplo, los aciagos conciertos de la música pop) y faltas de convivencialidad, lo que empuja a quienes a ellas asisten al consumo frenético de alcohol, tabaco y sustancias narcóticas, precisamente para soportar una pretendida forma de solazarse que no es más que consumo y aleccionamiento, esto es, tedio, muermo y fastidio.

En las sociedades de la modernidad avanzada **las gentes ya no saben divertirse**, pues no logran hacerlo dado que no poseen libertad para auto-crear la fiesta, haciendo de ella un acto de cooperación, confraternización, creación y participación, lo que permitiría prescindir de tóxicos bebidos, fumados, inyectados o tomados, destinados a la evasión. En realidad, las multitudes de nuestra lamentable época ya no son capaces de pasarlo bien, pues se limitan a consumir lo que el poder constituido presenta como “diversión” y “fiesta”, llevados de su proverbial docilidad y conformismo. De todo ello ha surgido Tristania, la actual sociedad, que es triste y tétrica en grado superlativo, un orden lúgubre en el que el alma humana tiende a desplomarse en la desesperanza y la depresión. Véase, nos prometieron, las elites mandantes y sus voceros, una vida maravillosa, hecha de una exultante combinación de riqueza material y satisfacción ilimitada de todos los deseos y alegría a raudales, pero lo que realmente nos ha sido impuesto es una existencia insufrible e intolerable.

La conclusión última es que al final del franquismo estaban dadas, por tanto, todas las condiciones para una explosión aterradora del hábito de la embriaguez.